

NARRADORES COLOMBIANOS Y ESCRITURAS DEL DESPLAZAMIENTO.
INDICIOS Y PERTINENCIAS EN UNA HISTORIA SOCIAL
DE LA LITERATURA

POR

LUZ MARY GIRALDO
Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá
Universidad Nacional de Colombia, Bogotá

La historia de la literatura es la de las formas y del pensamiento. La novela le habla al sujeto de sí mismo, del mundo, de la creación y de la historia, y al hacerlo, a veces replegándose sobre sí misma, pone los hechos como consecuencia de un pasado o como condición del presente con un lenguaje que es expresión de ese pensamiento que habla desde su tiempo. Las nociones de cambio social, histórico y cultural se formalizan en la creación estética y dan cuenta del pensar desde diversos modos expresivos, lo que podríamos ver acercándonos al conocimiento de la materia que se aborda metodológica o analíticamente.¹ Sin duda, al instaurarse la novela como género que refleja un mundo cuya dinámica radica en la inestabilidad y la búsqueda, su desarrollo crea un diálogo entre las diferentes disciplinas humanas y sociales que permite ver lo que existe detrás de la letra escrita.

Cuando en el caso de autores colombianos hablamos de lo que somos a través de la literatura, no podemos evitar la relación intrínseca entre historia, ciudad y escritura, pues la historia es parte integral del desarrollo social y cultural, las relaciones entre ciudad y ciudadano muestran el significado adquirido durante el siglo xx en sus procesos de formación y estructuración, y las formas de escritura responden a diversas épocas, realidades, culturas e historias, y ciudades vividas y ficcionalizadas.

Los últimos cincuenta años de Colombia pueden leerse a través de la literatura, tomando como corpus parte de la narrativa relacionada con la violencia, constante histórica que ha sido decisiva tanto en la formación y construcción de la ciudad como en la representación de las fracturas en la identidad nacional. Esta narrativa ofrece formalizaciones literarias del problema y análisis de los conflictos y permite, a la vez, revisar el conocimiento del material y la materia del conocimiento. Al articular el tema ciudad y escrituras del desplazamiento, reconocemos un problema integrado a la historia y la sociedad colombiana radicado cada vez más en las ciudades² y literaturizado progresivamente durante el siglo xx, siendo recursivo entre los cincuenta y sesenta y enfatizándose en el tránsito al siglo xxi.

¹ Lo que puede ser conocido y estudiado de diferentes modos, lo entenderíamos desde los planteamientos con que se aborda ese conocimiento, al reconocer el objeto de conocimiento y los modos de conocerlo, según sugiere Pierre Vilar (en *Iniciación al vocabulario histórico*).

² Sobre el tema véase mi libro: *Ciudades escritas...*, en el que teniendo en cuenta la relación entre historia, ciudad y escritura se reconocen distintos tipos de ciudad según los momentos históricos

LA LITERATURA: LUGAR PARA LOS DESPLAZADOS

El desplazamiento muestra en nuestro medio el paso del campo a la ciudad, viéndose ésta afectada al cambiar ante un nuevo (des)orden: organización ciudadana, señales de desempleo, dificultades para la educación y la reubicación, inseguridad social, diversas formas de agresión, etc. El desplazado se ha visto obligado a migrar en busca de amparo quedándose en el territorio nacional o esperando refugio en otro país: el resultado revela ruptura con un proyecto de vida y anuncia una pérdida sociocultural.

La historia de Colombia, lo dicen no sólo los historiadores sino también los narradores, se refleja en una literatura que en diversas épocas da cuenta de diversas formas de desplazamiento. En la medida de la gravedad y el cambio de los conflictos, el que fuera desplazamiento del campo a la ciudad propiciado por la Guerra de los Mil Días, así como la inmigración a las ciudades causada por la Violencia rural y partidista de los años 50, se unía a la inmigración de extranjeros a causa de la Primera o Segunda Guerra Mundial, las hambrunas y otras dificultades en Europa. Finalizando el siglo xx y comenzando el xxi la migración también se percibe de manera contraria: de los nacionales a países extranjeros. En los tres casos debe reconocerse al sujeto migrante, cuyos discursos revelan contenidos de multiplicidad, inestabilidad y heterogeneidad perceptibles en nuestra literatura.

Cuando tenemos, por ejemplo, que varios libros publicados entre 2001 y 2003 entran en diálogo con aquellos alusivos a los primeros años del siglo xx, resulta ineludible la relación de las obras literarias con los hechos y con la evolución de su expresión literaria: *La multitud errante*, novela corta de Laura Restrepo; las colecciones de cuentos *Lugares ajenos. Relatos del desplazamiento*, de la Universidad Eafit y *La horrible noche* de Peter Shultze-Kraft; las crónicas de Alfredo Molano, *Desterrados*, las de Marisol Gómez Giraldo, *Desterrados. Las cicatrices de la guerra en Colombia* y las de Óscar Collazos, *Desplazados del futuro*, por citar unos casos, muestran tipos de escritura y visión de mundo cuyo tema común es el del desplazamiento, la migración a la ciudad o emigrar de su territorio, además de algunos casos de migración hacia fuera, como el de *Paraíso Travel*, de Jorge Franco. A su manera, cada uno entra en diálogo con narrativas, representaciones y formalizaciones del pasado que encuentran eco en una de las frases del libro de Alfredo Molano: “Nuestra historia es la de un desplazamiento incesante, sólo a veces interrumpido”. Una lectura de sus universos, de sus contextos y de su formalización literaria permite demostrarlo.

Se hace necesario avanzar en lecturas indiciales que permitan comprender el análisis de procedimientos escriturales, estilos de época y de autor, y relaciones contextuales que aporten al diálogo con otras disciplinas. Asimismo, reconocer desde la lectura lo inestable y lo estable, lo que hacen y significan las palabras, lo que dicen, el valor de la oralidad y sus licencias y el de la letra arraigada en el inconsciente.³ Si aceptamos que la historia de

y las formas de reflexión y pensamiento, según las relaciones de ésta con la sociedad y la cultura, pasando de la ciudad arcadia a las ciudades en la historia. Sobre el desplazamiento el capítulo de “Emigrantes y desplazados” tiene amplia ilustración para comprender el fenómeno en relación con historia y sociedad.

³ Comparto en este caso las propuestas de Noé Jitrik, expuestas en sus diversos ensayos y en el seminario “Colombia-historias de la literatura”, impartido a profesores del Departamento de Literatura de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, en agosto de 2001.

nuestro desplazamiento es incesante, las ficciones sobre el tema en distintas épocas nos pueden ofrecer el porqué, el para qué y el cómo de cada momento y cada autor.

Podríamos empezar por un texto clásico: en el capítulo 12 de *Cien años de soledad* se narran los trastornos sufridos en Macondo con la ola de inmigrantes provocada por la instalación de la empresa bananera United Fruit Company. Cada uno de ellos tenía un motivo distinto para llegar al lugar y entre todos generaron un cambio sustancial y aterrador que parece no solamente llevar al clímax de la civilización sino traer consigo la decadencia y la destrucción final: “Los suspicaces habitantes de Macondo apenas empezaban a preguntarse qué cuernos era lo que estaba pasando, cuando ya el pueblo se había transformado en un campamento de casas de madera con techos de zinc, poblado por forasteros que llegaban de medio mundo en el tren, no sólo en los asientos y plataformas sino hasta en el techo de los vagones” (197).

En los dos primeros capítulos se narra una visión distinta de la ciudad creada con exiliados y desplazados, mucho más relacionada con el mito y las tradiciones culturales. En ellos se cuenta que acosados por “el peso de la conciencia” a causa de la muerte de Prudencio Aguilar, José Arcadio Buendía y Úrsula Iguarán tuvieron que abandonar su territorio y, después de un largo peregrinaje, la pareja y un grupo de acompañantes supieron, gracias a un sueño de José Arcadio, que habían encontrado el lugar que daría fin a su exilio. En aquel sueño un nombre de “resonancia sobrenatural” anunciaba el comienzo de Macondo, lugar que durante largo tiempo fue reposo y albergue, sitio de espejos y de espejismos. El territorio no sólo se hizo propio al conquistarlo y colonizarlo, sino cuando se estableció un nexo indisoluble entre los vivos y los muertos, obligando a permanecer en él: “uno no es de ninguna parte mientras no tenga un muerto bajo tierra”, le dio sentido de pertenencia a sus habitantes. Con el transcurso del tiempo, Úrsula abre vías de comunicación y desde entonces se iniciaron cambios que transformaron el lugar ancestral en un mundo mucho más complejo y dinámico: inventos, formas culturales y costumbres sociales de otras partes, construcciones modernas, razones políticas, otras formas de pensamiento y modos de vida, en fin, que con el tiempo trajeron caos y confusión.

Mito y modernidad se entrelazan poniendo de presente que en los tiempos modernos lo sagrado de las culturas y las sociedades primigenias forcejearían entre la preservación de las tradiciones y la necesidad del cambio, a tenor del desarrollo y los adelantos técnicos y científicos. La magistral novela muestra reiteradamente cómo la ruptura con un pasado traumático da origen a un territorio, a una historia y a unos seres que desde el extrañamiento enfrentan nuevas maneras de vivir. Desde los dos primeros capítulos se revelan nexos con el sentido de la búsqueda desde el exilio o el desprendimiento, reflejando ese carácter angustioso y errante en el ser humano que lo lleva a desafiar, a desprenderse, a buscar. Condición que implica estar condenado al no lugar, viviendo en el *nostòs*, sin raíces ni vínculos, con el dolor de la tierra ausente, con sensación de pérdida y condenado al silencio o a preguntas como dónde estoy, de dónde vengo, para dónde voy, que definen la incertidumbre de un tiempo que determina y afecta, apelmazado entre el presente, el pasado y el futuro.

Algunos estudiosos encuentran que tanto en el Antiguo Testamento como en la tragedia griega “se muestra una experiencia angustiada e infeliz [...] que nos hace más conscientes del mundo en que vivimos” (Sennett 28). Recuerda Sennett que cuando Adán y Eva transgreden

y son expulsados del Jardín del Edén con la vergüenza de su desnudez, revelan la historia de lo que aconteció a los primeros seres humanos y de la inocencia que perdieron. Fuera del jardín paradisíaco se hicieron conscientes de su pérdida, de su caída en desgracia, pues ya “no eran los hijos de Dios a los que todo había sido dado” (28). Relacionando con Sófocles, el autor también encuentra una historia similar en *Edipo rey*: “Edipo vaga errante, después de arrancarse los ojos, tras adquirir una nueva conciencia de un mundo que ya no puede ver. Humillado, se encuentra más cerca de los dioses” (28). En las reflexiones de Giuseppe Zalone resuena también la necesaria ruptura con el pasado después de una experiencia traumática que lleva a huir y perder el territorio. Refiriéndose a la “patria del exilio”, el autor retoma también la tradición judeo cristiana y acude al episodio del Génesis que narra el mito de Caín “errante y fugitivo sobre la tierra después de la muerte del hermano”, para mostrar “un estado de exilio y de vacío”, “un nomadismo debido a la necesidad de huir de Dios que no se supera luego construyendo lugares, meras expresiones de un imposible deseo de estabilidad y normalidad” (11). Relación que asociamos a la función del éxodo de Moisés con su pueblo en búsqueda de “la tierra prometida”: partir tras un lugar, buscarlo incansablemente, vagar sin patria, sin arraigo, en una suerte de *fatum* que llevaría a estar errantes sobre la tierra. En cada uno de ellos se vive la perspectiva de un sujeto migrante que desde sus discursos y modos de representación produce unas categorías desde las cuales se pueden leer amplios e importantes segmentos de la realidad, como diría Cornejo Polar refiriéndose a la literatura latinoamericana.

Desde diferentes disciplinas, desplazamiento y emigración son definidos como sinónimos de éxodo, exilio y destierro. Los distintos casos corresponden a pérdida y extrañeza y coinciden en el dolor por el desprendimiento que generalmente conduce a la búsqueda o a la necesidad de conquistar un nuevo lugar o un nuevo modo de vida. De una u otra manera muestran una condición de crisis, un “estar de paso”, un vagabundeo, un carácter de peregrinación, un profundo sentimiento de pérdida y conflicto frente a la identidad, el hogar perdido o la patria ausente (Sainz de Robles).

Esta triple condición contiene un estado de huida que define a un sujeto migrante, expresa sobresalto, manera de ser y de estar en el mundo, dramática tensión, hondo extrañamiento en el sentido cabal de la palabra: sentirse extraño, ajeno, expulsado, desterrado, confinado. Según Zygmunt Bauman, “los humanos que transgreden los límites se convierten en extraños”, pues son personas “que no encajan en el mapa cognitivo, moral o estético del mundo: en uno de estos mapas, en dos o en ninguno de los tres” y “hacen de la experiencia de malestar la más dolorosa y la menos soportable” (27). Thomas Wolfe y John Steinbeck han recreado el tema. En su novela *Del tiempo y el río* (1935) Wolfe asocia errancia a desarraigo de un viajero sujeto a la incertidumbre, a un estado vital que puede ser individual o colectivo. Reconociendo que los viajeros abandonan “una oscuridad para sumirse en otra”, surgen las siguientes preguntas: “¿Dónde hallarán la paz los seres fatigados? ¿En qué puerto encontrará por fin refugio el viajero vagabundo? ¿Cuándo cesarán las marchas a tientas, ambiciones estériles que se vuelven despreciables tan pronto son alcanzadas?” (711). En *Las uvas de la ira* (1939) Steinbeck recrea la crisis económica y social de 1929, y la tortuosa experiencia de los trabajadores del campo “refugiados del polvo y de la tierra agotada, del trueno de los tractores y de la propiedad perdida, de la lenta invasión del

desierto” (138), inquilinos de tierras ajenas impulsados a abandonar su lugar de nacimiento, sus muertos y su arraigo a causa del desarrollo capitalista; reconoce familias enteras que fueron expulsadas y huyendo del terror y la infamia miran hacia adelante sin saber adónde van ni qué harán, y con miedo de ir a un sitio desconocido tratan de seguir viviendo. Los interrogantes denotan perplejidad y expectativa: ¿De dónde les viene el coraje y la fe para hacerlo?, pregunta el narrador frente a doscientas cincuenta mil personas, “despojos en la carretera, abandonados”, gente que huye “del terror que quedaba atrás”, sucediéndoles “cosas extrañas, algunas amargamente crueles y otras tan hermosas que hacían renacer su fe con brillo imperecedero” (139); “¿Qué va a ser de nosotros?”, se preguntan ellos. “Nunca llegaremos a nada concreto. Siempre andaremos vagando. Siempre yendo y yendo a alguna parte. [...] La gente se mueve. No sabemos por qué ni cómo. Se mueven porque tienen que hacerlo [...] Porque quieren algo mejor que lo que tienen. Y ésta es la única manera de que puedan lograrlo algún día. Deseándolo tendrán que ir en su busca” (145). La carretera “pasa a ser su hogar y el movimiento su medio de expresión”. “¿Quién siembra la tierra desnuda?”, inquietan en la novela de Wolfe, afirmando que se siembra y fecunda con sangre: “Trescientos de nuestra carne y hueso están confundidos en la tierra natal; nosotros le brindamos el lenguaje y la soledad, un pulso al desierto” (334). La imagen del desplazado, de aquel que padece el extrañamiento frente al sitio que deja y al que llega se asocia al errar, vagabundear, buscar, alejarse del pasado, olvidar el paraíso, afrontar el exilio, asumir la rudeza y refugiarse en el silencio y la desolación.

LITERATURIZAR EL EXILIO: HISTORIA, SOCIEDAD, ESCRITURA

La literatura en la que se reconoce el tema que abordamos como generador de unas ficciones no deja de apuntarle a la memoria y al imaginario individual y colectivo en los que se reconocen identidad, historia y cultura nacional. Sociólogos e historiadores han reconocido que tanto inmigrantes internos como externos “retoman, combinan y refuncionalizan los elementos que les permiten adelantar estrategias para vivir en el medio urbano” (Vásquez 167). En la condición de desplazados que construyen ciudad, hay formas de establecerse socializando o participando de lo que ello significa, al ubicarse en los llamados “cinturones de miseria” o viviendo experiencias compartidas en albergues, o trashumando de pueblo en pueblo o de calle en calle. Resultado de críticas situaciones económicas, políticas y sociales unidas a la violencia rural o territorial, desplazamiento y migración se identifican con formas de marginalidad y de ubicación periférica.

Afirmando el impacto de la violencia en Colombia, algunos especialistas identifican etapas y motivaciones distintas en el proceso, afirmando que durante el siglo xx la guerra ha sido un correlato. Si las guerras civiles que cierran el siglo xix y abren el siglo xx eran “entre caballeros de un mismo linaje”,⁴ la de los cuarenta a cincuenta correspondía a la tensión existente entre “la clase dominante, a través de los partidos políticos tradicionales”, la de los setenta a la “confrontación entre la guerrilla revolucionaria y el Estado” (Rodríguez

⁴ Sobre el tema es sugestivo el trabajo de Jaime Alejandro Rodríguez (2000). Siguiendo de cerca los planteamientos de Gonzalo Sánchez, entre otros politólogos y especialistas, el autor avanza en el análisis del problema, explicándolo a través de particulares novelas actuales.

149), así como a partir de los ochenta y especialmente los últimos lustros se reconoce como conflicto armado. La guerra se ha complicado y multiplicado de tal manera que campo y ciudad se ven amenazados y ya no sólo se conocen los enfrentamientos anteriores sino entre diversos grupos: las fuerzas militares, los paramilitares o autodefensas, y hasta el narcotráfico y la delincuencia común. Esto significa que en los móviles de la violencia han cambiado muchas cosas, todo lo cual exhibe continuidades y discontinuidades, diferencia de conflictos y contradicciones.⁵ En la mayoría de los casos, huir del campo o del país es una manera de proteger la vida, la familia y la integridad. Si anteriormente se buscó protección en la ciudad, ahora se le busca en el extranjero (como exiliados, refugiados, trabajadores o lo que el azar permita), lo que origina una experiencia diferente.

Expresando su descontento o su compromiso social o político frente a la violencia, los narradores prefieren indagar diversos aspectos, fortaleciendo el testimonio o denunciando la crisis. Mucho antes de las llamadas novelas de la violencia, como se ha visto en la antología de Schultze-Kraft (*La horrible noche*), el tema se ha representado de manera catártica o expurgativa, pudiendo rastrearse en nuestra historia literaria algunos casos que consignan la preocupación por el problema y las maneras de abordarlo, a tenor de la ideología del autor y/o el planteamiento estético y estilístico,⁶ identificando obras partícipes de unos valores cercanos a las doctrinas de la izquierda con su habitual denuncia y protesta, actitud de cambio de otras más recientes, cuyos autores exploran las consecuencias o las resonancias de los hechos, recontextualizan y resemantizan teniendo en cuenta las generaciones nacidas y ubicadas en cinturones de miseria, las últimas migraciones de campesinos a ciudades grandes o intermedias que condujeron a la construcción de lugares como las Comunas nororientales de Medellín o Ciudad Bolívar en Bogotá, y más recientemente el carácter itinerante del desplazamiento que se entiende como una “radiografía del destierro” (Gómez 1-5).

En algunas novelas el exilio es parte del dolor y la culpa que acompañan el extrañamiento, condiciones que veremos reflejadas en *Paraíso Travel* (2001) de Jorge Franco, donde la urgencia está en huir, salir del país, poner tierra y cultura de por medio en una especie de “borrón y cuenta nueva”, como en otros casos será ver las consecuencias de abandonar el territorio.

⁵ Véase los artículos de las memorias del *Foro Nacional de Cultura: imágenes y reflexiones de la cultura en Colombia* (1990).

⁶ Véase, entre otras la antología de Germán Vargas *La violencia diez veces contada* (1976), y a manera de ilustración recuérdense: *El día del odio* (1952) y *Camino en la sombra* (1964) de José Antonio Osorio Lizarazo, que presentan el resultado del desplazamiento del campesino a la ciudad a causa de la Guerra de los Mil Días o de la Violencia partidista. Otros autores abordan la influencia de la ciudad para los desplazados y la de éstos en aquella, mostrando las repercusiones de la situación crítica, como en el caso de Manuel Mejía Vallejo en *La tierra éramos nosotros* (1945), *Tiempo de sequía* (1957) y *Aire de tango* (1973), Gabriel García Márquez en *La hojarasca* (1955) y *La mala hora* (1961), Gustavo Álvarez Gardeazábal en *Cóndores no entierran todos los días* (1969), Darío Ruíz Gómez en *Para que no se olvide tu nombre* (1966) y *La ternura que tengo para vos* (1974), Óscar Collazos en *Son de máquina* (1967) y *Memoria compartida* (1978), Arturo Alape en *Las muertes de Tirofijo* (1972) y *El cadáver de los hombres invisibles* (1979) y algunos relatos de Eutiquio Leal.

¿BORRÓN Y CUENTA NUEVA?

Paraíso Travel, de Jorge Franco, es viaje, búsqueda de paraíso, desplazamiento, condición de extranjero. Los resultados muestran la inversión del paraíso en una experiencia de pesadilla y horror, que contrasta con la ilusión de emprender el viaje. Los hechos se gestan en una ciudad intermedia, Medellín, que comparte roles con la gran ciudad, Nueva York, donde un inmigrante colombiano hila el discurso al contar su vida de paria en “la gran manzana”, su condición de extraviado de todo y de todos en tierra ajena, especialmente de Rosa, compañera de travesía, centro y fin, sentido de sí mismo. En esta experiencia como inmigrantes, Marlon y Rosa salen de un mundo que resulta hostil y llegan a otro que no lo es menos; el personaje se debate entre la sumisión y la huida: “Acá o allá tienen las mismas carencias”, dice con énfasis el autor en una entrevista, lo que se reitera de diversas formas en la novela con afirmaciones como ésta: “Colombia lo va dejando a uno sin argumentos” (*Paraíso Travel* 38), lo que obliga a vivir el disparate de buscar el futuro siguiendo el “sueño americano” en un “no lugar”, después de vivir en la fantasía de un mundo mejor que permite creer lo que ofrecen las películas: “un apartamento blanco con vista al río y a la Estatua de la Libertad, en un piso alto con una terracita que tiene un jardín chiquito y dos sillas para sentarse a mirar el atardecer en Nueva York” (32). El recibimiento que ofrece la realidad es catastrófico: allí todo es prohibido, el colombiano estigmatizado, el extranjero fácilmente llega a la indigencia y con escepticismo y desilusión siente que a veces “morir y Dios son la misma suerte”. Llegar a Nueva York es lo mismo que entrar en las tripas de una bestia que ruge “y a la que hay que domar con más maña que fuerza”, para “que no se lo trague a uno”, porque esa ciudad de inmigrantes, de todos y de ninguno, atrae y repele, aliena y absorbe.

Siguiendo los planteamientos de Norbert Elías (1998), el estigma lanzado por el grupo más poderoso sobre otro de poder inferior se cumple en Marlon, Rosa y todos los colombianos unidos por el mismo infortunio de exiliados en búsqueda de oportunidades en ese país que creen distinto del suyo, que han abandonado al sentir que ya no ofrece oportunidades. Como inmigrante, Marlon se encuentra con otros que no logran integrarse a la nueva sociedad y cultura, y necesitan reproducir la propia para defenderse de la distancia, la soledad y la incomunicación. “Tierra Colombiana” será el lugar donde comienza su proceso de iniciación y aprendizaje. Huir de la persecución, horrorizarse ante la extrañeza de la lengua y la cultura ajenas, incorporarse lentamente a través de oficios degradantes sirviéndole a otros, ganando lo mínimo, pero en un ambiente cercano a lo propio y con aquellos que en un primer momento lo repudiaran al advertir recelo ante su presencia.⁷ Llegar a Nueva York es encontrarse con grupos establecidos y asentados, por una parte los que pertenecen al lugar y por otra los marginados “arraigados”. Lo que pudiera ser una crónica de sinsabores, no sólo se inscribe en una tendencia de la actual narrativa colombiana y en una de las consecuencias de la violencia, sino que formaliza una realidad, un estado anímico y

⁷ Frente al tema, Norbert Elías (“Ensayo teórico”) afirma que para entender mejor los mecanismos de estigmatización es preciso aclarar qué papel desempeña la imagen que tiene una persona del rango de su propio grupo en relación con otros, y la que tiene de su propio rango como miembro de su grupo. Existen grupos con un poder superior que se atribuyen un carisma de grupo distintivo.

una visión escéptica del mundo, mediante una escritura ágil que concentra vértigo, levedad, multiplicidad, velocidad y visibilidad.

Lo propuesto por Óscar Collazos en sus novelas donde el exilio se mira desde experiencias propias, en concordancia con la de otros y en contraste con sus obras anteriores, responde en gran medida a su generación y a su visión de escritor, cimentadas en un autobiografismo enmascarado y en una experiencia que nace de su carácter itinerante y de su conciencia histórica y social. Tanto en *Las trampas del exilio* (1993) como en *El exilio y la culpa* (2002), existe una angustiada perspectiva de emigración de América a España: Salomón Weissmann, psiquiatra sudamericano hijo de inmigrantes judíos y radicado en Barcelona desde 1978, busca a Susana Jara, una militante desaparecida, hija de Betina Roig, “una fugitiva que no volvería a ser nombrada en la familia y de la que al parecer se borraron todas las huellas de su existencia, fotografías, objetos personales, el nombre mismo” (*Las trampas* 51-2). Aludiendo a un país que ha padecido un golpe militar, la novela habla de “viajes de fuga”, de agresión, persecución, detenciones arbitrarias, tortura y huida, reproducciones del miedo. En la novela el exilio corresponde al político, asociado en este caso al de intelectuales latinoamericanos que durante la década de los setenta, debido a su militancia y a convicciones ideológicas, padecieron la “cacería de brujas” y fueron obligados a salir de sus países, incorporándose y estableciéndose social y económicamente en otras culturas. Lo inestable y angustioso de su experiencia se define con frases como: “el terror acaba de salir de sus fronteras y viaja por el mundo”; “se empieza a hablar de agentes infiltrados o informantes en algunas ciudades de Europa, sobre todo aquellas con un gran número de exiliados. ‘Ofensiva exterior’, así la llaman” (109). Allí se conjugan “el trauma del exilio y la espantosa incertidumbre vivida por familiares y amigos de los desaparecidos” y, dando paso a la aventura policíaca desarrollada por el narrador, se percibe que unos “viven con la inocencia de las víctimas” y otros “con la culpa de los verdugos”. Esto en una especie de círculos concéntricos que se ensanchan “entre la inocencia y la culpa”, como se retoma en *El exilio y la culpa* que corresponde más que a un tema, a un concepto “dominante en la cultura política de nuestro tiempo”, pues, como ha dicho el autor, “no necesitamos mirar muy lejos para verlo” (6).

Entre el testimonio y la crónica, Alfredo Molano muestra lo íntimo de la transterración. Si en sus testimonios anteriores mira las consecuencias de las distintas violencias en el territorio rural, en *Desterrados* reconoce la condición de los “exiliados en su propio país”, el drama de su particular exilio y la tragedia “que viven a diario millones de desterrados”. En el primer texto de estas crónicas, “Desde el exilio”, el autor recuerda que “en Colombia casi todo campesino puede decir que su padre, o su tío, o su abuelo fue asesinado por la fuerza pública, por los paramilitares o por las guerrillas”, reconociendo que “es la diabólica inercia de la violencia, que desde antes de 1948, año del asesinato de Gaitán, ha dejado más de un millón de muertos” (13). Utilizar como recurso para sus “relatos” la entrevista y la conversación se convierte en un método que cobra vigencia. El narrador hace de mediador, toma partido por los oprimidos y marginales, denuncia y testimonia produciendo impacto en el lector para que tome conciencia de un estado de emergencia.

Los tres narradores confirman en sus respectivos textos que la patria y la soledad se llevan dentro, que no es posible hacer borrón y cuenta nueva, que transterrarse no es solo separación sino una forma de muerte.

LAS CONSECUENCIAS

Medellín y Bogotá han sido escenarios y espacios reales de las ficciones de autores que retomando la violencia partidista, las migraciones campesinas y la nueva violencia, y oscilando entre la realidad de la muerte “programada” o a “sueldo”, el vacío, la desilusión, la búsqueda afectiva y el padecimiento en ciudades violentas y agresivas confunden “el dolor del amor con el de la muerte”, como se afirma al comienzo de *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco. Allí se impone la muerte como condición habitual y se sugiere que el amor ideal no existe y más bien responde a transgresiones o pérdidas que contribuyen a la infelicidad, como en *La Virgen de los Sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, *La multitud errante* (2001) de Laura Restrepo y *Sangre ajena* (2000) de Arturo Alape. En la novela de Franco, Rosario, el personaje central del relato encarna el “no importa cuánto se vive, sino cómo”, sus amigos comprenden que se juega “la vida a diario a cambio de unos pesos para el televisor, para la nevera de la cucha, para echarle el segundo piso a la casa” (*Rosario Tijeras* 169), mientras anda “por ahí acabando con medio mundo” desde su extraña mezcla de niña-mujer.

Dos aproximaciones a la sociología urbana permiten relacionar ciertos cambios en las ciudades reflejados en la literatura. Por una parte, Édgar Vásquez afirma que con el “proceso de transformación modernizadora” y una “dinámica migratoria” se cambia el “contenido del término pueblo” y se genera la “mentalidad del inmigrante” que construye un nuevo sujeto en el que persisten “algunos valores tradicionales procedentes de su reciente pasado rural” (165-66). Y por otra, Emanuela Jossa (*La ciudad gritada y condenada*) llama la atención sobre los protagonistas en algunas obras colombianas, afirmando que a veces se da un protagonista intelectual “enajenado” que mira la ciudad como un “tejido ajeno”, oponiéndose a “los que parecen construir la ciudad desde su condición de marginados”, que son los que viven en los barrios supuestamente marginales, como las comunas de Medellín, o Ciudad Bolívar de Bogotá”. Según Jossa, en estas obras “la ciudad colombiana se construye empezando por la marginalidad y no por el centro”, evidenciándose en los niños de la calle, los sicarios y los condenados que sucumben en la limpieza social y “parecen tener una conciencia de su papel en el restringido mundo barrial, precisamente porque el elemento central de la identificación es el sentimiento de pertenencia territorial”.

Dos de las novelas de la llamada “sicaresca colombiana” (concepto más trágico que cómico, si relacionamos el origen del término en la picaresca española), como las denomina Héctor Abad Faciolince, son *La Virgen de los Sicarios* y *Rosario Tijeras*, a las que han sucedido o antecedido otras. Desde una escritura en la que prima la velocidad narrativa, se reconoce una imagen del Medellín agobiado por la violencia que del campo evolucionó hacia la ciudad. En la de Vallejo, el narrador presenta dos ciudades marcadas por el tiempo: una pertenece al pasado evocado y la otra al presente deambulado. El mundo familiar es la nostalgia de la aldea feliz del pasado: “había en las afueras de Medellín un pueblo silencioso y apacible que se llamaba Sabaneta”, que contrasta con un presente cercano a la edad madura del yo narrativo, un gramático que deambula por las calles de las comunas de Medellín en una suerte de re-conocimiento de una ciudad en la que se agita el caos, la violencia y el maltrato de la gramática y del idioma. El pasado es el “había una vez” de la infancia y en el presente “hay” un matadero, un mundo infeliz y agresivo. La mirada a las dos ciudades se integra en Medellín y Medallo, que corresponden a anverso y reverso, arriba

y abajo, evolucionando real y metafóricamente en Metrallo (de metralleta o ametralladora). La ruina del pasado y el fin de la inocencia se hace evidente en un “Ángel exterminador”, el niño sicario y su moral anárquica. La forma narrativa apela a una oralidad secundaria que en nada se avecina a la primaria marcada por la conciencia mítica.

El presente de emergencia debe mirarse crítica y despectivamente para anular toda melancolía: “¡Que venga lo que venga, lo que sea, aunque sea el matadero del presente. ¡Todo menos volver atrás!” (Vallejo 34) dice el narrador ante el pasado que forcejea entre realidad y evocación, pues en lugar del paisaje idílico el narrador regresa a su tierra y la encuentra “en plena matazón”. Lucha para dar muerte a su pasado olvidando de una vez por todas su inocencia y coincidir con Alexis, su joven amante, en un presente sin futuro en el que sólo es posible un “sucederse de las horas y los días vacíos llenos de muertos” (Vallejo 56). Dirigida a un narratario silencioso (mejicano, tal vez, aunque según la jerga es un compañero de desgracia, un “parcero”), se aclaran ciertos datos que identifican a la “cultura antioqueña” y al país del Corazón de Jesús, el del “pecho abierto” y “goticas de sangre rojo vivo, encendido”, haciendo una analogía con “la sangre que derramará Colombia, ahora y siempre por los siglos de los siglos”, como reitera metiendo el dedo en la llaga de un país en el que pone en crisis su historia patria.

La separación de Medellín en *Rosario Tijeras* no depende del tiempo sino del espacio y de las condiciones sociales: arriba están los de las comunas que miran a los de abajo como a un pesebre que se desea, mientras aquellos los desconocen, los ignoran, los desprecian, les temen y algunos les admiran. La trasgresión de valores es notoria, pues existe una nueva moral: los unos quieren parecerse a los otros. Los que pertenecen a la sociedad normalizada no sólo son burgueses sino que forman un triángulo amoroso con Rosario, la marginal y periférica descendiente de desplazados, hija de la violencia y la violación. Ajenos a aquello pero ávidos de aventura, los jóvenes se acercan a ella como a una diosa, aunque Rosario es la muerte: mata para vivir y al hacerlo se ahíta de comida para morir, de la misma manera que aunque despierta frenéticas pasiones su erotismo parece agónico. Indudablemente las dos novelas muestran una sociedad en crisis, una pobreza moral asociada a la social, correspondiendo a una condena que rige el destino del marginal y cuya máxima representación estaría, como afirma Fernando, el “último gramático” narrador de *La Virgen de los Sicarios*, en la confusión y el desgaste del lenguaje y la gramática.

Con la publicación de *Sangre ajena*, Arturo Alape invierte estrategias de la novela de “aprendizaje”. Aprender a vivir, en este caso, es enfrentarse a la sobrevivencia y la muerte, al vagabundeo, al desplazamiento constante, al miedo y la soledad, al horror de la sangre derramada. Escrita hibridando testimonio y ficción, logra presentar grandes dosis de realidad, gracias al carácter investigativo y probatorio. Allí el fenómeno histórico-literario no se queda en Medellín, más bien hace una travesía que corresponde a un itinerario vital de recorridos y viajes. “Sangre ajena que corría sin que uno sintiera escalofrío culpable en el cuerpo. Sangre desechable que debía perderse en las alcantarillas de Medellín. También corrió con mi dolor la sangre mía” (Alape, *Sangre ajena* 17), son palabras de Ramón Chatarra al evocar su historia, su origen familiar, su situación económica, su urgencia de salir del hogar y la inevitable muerte de su hermano Nelson, mostrándole al lector el mundo del sicariato como una de las consecuencias de la violencia y el desplazamiento. El autor

ya había dado versiones interesantes al fenómeno de la violencia en la década del 70, con sus libros de cuento *Las muertes de Tirofijo* (1972) y *El cadáver de los hombres invisibles* (1979). En ellos los estereotipos de la violencia son aprovechados en la reconstrucción de situaciones y condiciones sociales, inscribiéndose en una trayectoria más amplia y profunda, al relacionar la historia de la realidad colombiana a expensas de las luchas partidistas del siglo xx y cotejar naturaleza y violencia como propiciadoras del desplazamiento forzoso. Así se afirma en uno de los cuentos del primer libro: “Nos cambiaron la muerte natural por la muerte afusilada. Me volví maleza, me volvieron dañadísimo, los malos espíritus me acompañan siempre en este silencio que me persigue” (Alape, *Las muertes* 28), lo que se coteja en otro del siguiente: “No soporto la vida metida en este monte, durmiendo en esta cueva que apenas alcanza para la respiración de usted, Heliodoro” (Alape, *El cadáver* 79). Condenados a la violencia, a la persecución, a la miseria, al miedo y a estar en actitud defensiva y vigilante, los personajes se desplazan “enmalezados”, “encalezados” y “enmontados” entre un libro y otro o entre un espacio telúrico y otro.

Más de veinte mil ejemplares se han leído en las varias ediciones que han circulado después de 1972 cuando apareció la primera edición de *Las muertes de Tirofijo*. Arturo Alape no sólo respondía al llamado de la literatura sobre la violencia que se había impuesto como necesidad histórica y testimonial, sino a una expresión literaria que rompía con el documentalismo abrupto y atendía al nuevo testimonio y las escrituras orales. Voces anónimas dan cuenta de episodios que a su vez recrean héroes anónimos cuya condición esencial es la de ser despreciados por la cultura oficial y respetados o temidos por la revolucionaria y marginal.

“Coreguaje amaneció verraco”, anuncian los textos introductorios de las tres partes que componen *El cadáver de los hombres invisibles*. La voz mira, describe, husmea y al desplazarse por el transitar del río establece asociaciones que conducen a la deducción de la potencia física y emocional de éste que desbordado es análogo a la violencia ciega. Así sincretiza río-guerrilla-militares, pues la concepción de esa violencia ciega se proyecta en la imagen de una lucha devastadora. La movilidad del río es diversa de la concepción de Heráclito (tan recursiva en la narrativa de Fernando Vallejo), aunque no pierde su ser existencial: transmite la idea de un río que “ayer fue río apacible”, “de vida normal” y hoy es “de lo más verraco”, pues arrastra y lleva en su corriente las vidas que quita a los otros de las manos. La muerte se hace viva en el recuerdo de los ojos y en la mueca de los agonizantes, en el olor a carne chamuscada, en las violaciones, en la dureza de la agresión y en las palabras que hablan con dolor. Voces que narran a interlocutores silenciosos, a un lector y escucha, mostrándole desgarradoras escenas de la violencia:

A todos les cubrió el miedo en la vereda: nos cambiaron la tranquilidad de la vida por la indefensión de la persona de uno: ellos trajeron el miedo, llegaron gritando: “No hay que dejar semilla, a estos collarejos hijueputas hay que darles donde más les duela... Y entonces, cogieron a la Josefa preñadita y le abrieron el estómago en dos y le sacaron la criatura y se la cambiaron por un gallo que comenzó a cantar y el hijo se lo llevaron donde el padre, a este lo caparon y sus cojones se los embutieron por boca a la Josefa y el gallo amarrado seguía cantando”. (Alape, *El cadáver* 27)

Ante el horror el silencio se impone y la escritura se afirma. En *Sangre ajena* la experiencia de éxodo se efectúa en la ciudad y es consecuencia del pasado, mientras en los cuentos anteriores se habla del trasegar de la violencia de medio siglo, de la condición de los “enmontados” y de la historia como camino andante. El pasado es lo perdido y el presente la pena. Alape aprovecha en esta novela elementos adelantados en su testimonio *Ciudad Bolívar. La hoguera de las ilusiones* (1995), donde desde la oralidad del habla frente a la atención de quien escucha se reconstruyen historias de vida. “Allí la memoria ha hablado” de cómo nació Ciudad Bolívar, de sus calles y pobladores, de sus jóvenes y viejos, de Bogotá como representación del país, pues “la provincia se reproduce en la capital, se acentúa y se desdibuja en otras confluencias”. En sus calles se escucha la continuidad rítmica de voces regionales que van perdiendo sus acentos por el uso en el intercambio del hablar y del escuchar. Pero lo originario regional prevalece como una constante humana, porque “el pasado no está muerto”. Ciudad Bolívar es en los textos de del autor un lugar que acoge y donde sus habitantes están entre su gente: “Uno tiene como una posesión que va más allá de este cuerpo, es como la identificación de uno con otra persona pobre”, dice uno de los entrevistados”. Es allí donde regresa Ramón Chatarra después de un periplo desde y hacia la muerte en busca de hogar y de sosiego. La ciudad como basura y sangre, Medellín o Bogotá, impone “sangre desechable que debía perderse en las alcantarillas”.⁸

Desde una marcada sensibilidad femenina, *La multitud errante*, la novela de Laura Restrepo, puede encerrarse bajo el concepto de peregrinación, entendiendo que errar es estar en el limbo, en un no lugar donde las personas se pierden unas a otras. Peregrinaje, exilio, desplazamiento, búsqueda. En ella *Siete por Tres*, un desplazado de la “Guerra Chica”, nacido el 1º de enero de 1950 –en plena violencia partidista–, busca a Matilde Lina, perdida en los avatares de ese ir de un lugar a otro. Perdiéndola lo ha perdido todo y buscándola lo busca todo. Igual a la novela de Steinbeck, el personaje salió de la casa-tierra para no regresar jamás, como si un destino fatídico obligara a errar cumpliendo una condena que no parece tener fin. Como muchos otros, *Siete por Tres* no pertenece a ningún lugar y vive condenado a preguntarse qué pasó, cuándo, cómo, por qué, hasta cuándo.

La violencia obliga a enterrar a los seres queridos y a salir huyendo para salvarse del peligro y del miedo y genera víctimas que en una cadena interminable llegan a ser verdugos, porque la guerra “no cesa, cambia de cara no más” (Restrepo 32-39). Un albergue recibe desterrados que van de paso, sobrevivientes de masacres, seres que logran escapar de la prepotencia de los atacantes, destacándose como lugar de emergencia y catástrofe. Allí hay refugio, hacinamiento y relación con otro número incontable de seres que como él buscan algo. Pero la experiencia dice que no hay tierra prometida ni compañía a pesar de

⁸ Es inevitable recordar aquí alguno de los textos de Eutiquio Leal: el cuento “Es mejor que te vayas”, se inicia de manera desgarrada ante situaciones que desde hace años se han impuesto como una condena: errar, peregrinar, buscar refugio en otro lugar, vivir la condición del desplazado: “Sentimos mucho avisarle por medio de la presente que hemos determinado que usted abandone el pueblo a la mayor brevedad posible, es decir en el término del tiempo y la distancia; si no lo hace nos veremos en la imperiosa obligación de proceder contra su integridad personal, en la misma forma que usted sabe que hemos obrado con otros caballeros de la localidad; esperamos ser atendidos en nuestra acomodada solicitud y no tener que apelar a lo que usted sabe muy bien...” (Vargas 173).

la multitud que errante va de un lado a otro por lugares ajenos. Cada cual hace parte de esa multitud que arrastra “por entre encuentros y desencuentros al poderoso ritmo de su vaivén”. Restrepo exorciza y resemantiza la violencia del país asociándola a una condición más amplia: “Por qué será que Occidente carga negativamente esa expresión, como si implicara la desintegración o la locura, cuando estar fuera de sí es lo que permite estar en el otro, entrar en los demás, ser los demás”(133), inquiere Ojos de Agua, la mujer que narra, sintetizando ese no poder ser con el otro, en el otro, desde el otro y estar condenado a perder la identidad, el vínculo y las raíces.

La tragedia interior de la errancia rige la narrativa de esta stirpe, y a manera de síntesis *La multitud errante* retoma el tema del desplazamiento interno abordado por Arturo Alape y los otros, pero en su recreación la autora busca que el tema entre en diálogo con la condición universal del exilio, esa situación que hace sujetos apátridas y desarraigados, transterrados, “fuera de sí”, agobiados por el no lugar y, desde luego, la falta de sentido de las referencias que vayan más allá de su sentimiento de abandono y orfandad.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Recordando la soledad y depresión al comienzo de su exilio en Estados Unidos, donde emigra desde Polonia en la Segunda Guerra Mundial, Isaac Bashevis Singer reflexiona sobre el deseo de igualdad en un mañana mejor, afirmando: “estaba claro que después de la Primera Guerra Mundial llegaría una segunda, una tercera, una décima. Los rostros de la gente, en su inmensa mayoría, expresaban dureza, absoluto egocentrismo, indiferencia hacia todo lo desconocido y, bastante a menudo, estupidez. Si por un lado rezaban, por el otro mataban” (Bashevis Singer, *Amor y exilio* 48). No es muy remota la reflexión del escritor polaco frente a la situación colombiana recreada en tantas páginas literarias y ensayísticas.

Si bien las reflexiones sobre desplazamiento y exilio permiten sugestivas interpretaciones arquetípicas y metafóricas, es claro que la historia de la violencia en Colombia exige ver el fenómeno más allá del símbolo o la metáfora. Cuando la editorial de la Universidad Eafit convoca a un grupo de narradores e investigadores a escribir ficciones sobre el tema, no sólo llama la atención sobre el hecho, sino que recuerda que entre 1899 y 1902, sumido el país en la Guerra de los Mil Días, la revista *El Cascabel* había hecho algo semejante al invitar a los escritores a ficcionalizar el acontecimiento, lo que dio como resultado la aparición, en febrero de 1901, de “*El recluta*, testimonio sobre aquellos seres concretos, cotidianos, que fueron consagrados a formas de existencia iluminadas por la miseria”. Un siglo después, se dice en una de las solapas de *Lugares ajenos. Relatos del desplazamiento*, que “el país vuelve a estar en guerra y los desplazados viven, quizás, el drama humano mayor de esta contienda, pues su deambular parece convocar un destino ya conocido”.

Los trece relatos de esta antología y el prólogo de Andrés Burgos confirman, como en la de Schultze-Kraft, que la violencia siempre ha estado ahí y que desplazarse ha sido perderlo todo, ratificar el desarraigo, dejar el corazón en la querencia y arrastrar el peregrinaje por cada uno de los lugares transitados, saberse estigmatizado, temido, despreciado, sujeto social que carece de lugar. En *Nadanostra* (2001), por ejemplo, Roberto Burgos Cantor recrea ese carácter del desplazado, aquel no encontrar el lugar en ninguna parte, saber que no hay

regreso donde estaba todo: “Hasta nosotros. Nosotros creemos estar acá. Pero quedamos allá. Nos volvieron nada” (154), es decir reconocerse y saberse incompleto, urgido de ir “para donde sea”, a ninguna parte, buscando atención incluso del gobierno, a ver si oyen y atienden súplicas y desvelos. Doble exilio se percibe en el cuento de Óscar Castro García, situación que lo acerca al personaje errante de *Paraíso Travel* de Jorge Franco. Huir del país y a la vez sentirse expulsado, “desterrado de la tierra del exilio” (99); reclamarle a la mala memoria de quienes condenan esta situación que llevó a considerar a los nacionales pueblo maldito y peligroso, como dice la voz narrativa:

“todos los suramericanos pudieron ser exilados y vivir como tales en Colombia y en otros países de América y de Europa, y los europeos, entre ellos los españoles y los alemanes y los italianos, pudieron exilarse en América y en Colombia, pero a nosotros se nos ha negado este derecho o este último recurso, como si fuéramos los parias del planeta. ¡Qué rápido han olvidado todos su origen y su miserable historia: una sucesión de derrotas, como dice el sabio Mutis!” (100). Recordar que no se puede vivir un solo minuto de sosiego lejos de las montañas de la patria donde iniciaron “el éxodo en un lento ritmo que se volvió escandaloso cuando ya partían por miles cada semana, cientos diarios de un pueblo a otro, de una ciudad a otra, del campo al pueblo del pueblo a la ciudad de la ciudad a otra del país a otro país y a otro continente, en una especie de marea, de flujo, de locura...” (101-102)

La compilación reafirma ese carácter errante y errático de la historia política y social colombiana y la búsqueda de estilos pertinentes para contar a manera de ficción unos hechos y unas circunstancias que deben fijarse en la memoria y que a la vez requieren de su exorcismo. La repetida violencia que de adentro sale para afuera y de afuera llega a través de la censura y el miedo, y también la violencia de los otros, las crisis ajenas que han generado otro tipo de éxodo y desplazamiento, esa común angustia de perder la identidad y olvidar el origen.

Frente a los desplazados *internos o externos*, la literatura latinoamericana, y en particular la colombiana, desde fines del siglo XIX a nuestros días, da voz a quienes la han perdido detrás de sus fronteras y del marco de sus parcelas. Sigue un mortecino desplazamiento de sobrevivientes y deja ver una larga hilera desordenada que parece en la penumbra “una sucesión de estacones que caminaran hacia la pequeñez”, decreciendo, graduales, como “pulgarcitos que se los traga el monte” (Escobar 82), mientras otros siguen, después de todo, perplejos ante una puerta que quedó sin muros y fue cerrada con candado cuando otros ajustaron con miedo las ventanas, como sugiere Rocío Vélez de Piedrahita en su relato “Desde la torre los veo pasar”. La misma imagen ve una periodista: “Todos los días los ve uno bajar, maltrechos y cansados, de los buses que los traen al Terminal de transporte. Por encima se les ven el despiste, la incertidumbre y la falta de plata. Son los inmigrantes sin suerte, los viajeros necesitados, los desarraigados que se hallan, de pronto, varados en Bogotá [...] Hay que oír lo que tienen que contar [...] Nunca se sabe cuántos casos van a llegar. Lo que está claro es que, sin importar la dimensión de una tragedia, siempre habrá otra que la supere” (Perilla 10). “La guerra no tendría resultado distinto a la dictadura de los vencedores”, dice Alfredo Molano. Ante la dura situación, los sobrevivientes desenterrarán los huesos de sus muertos para llevarlos consigo y estar seguros de no regresar nunca más, como afirma el narrador de García Márquez en *La hojarasca*. Para no olvidar nada, no perder

la identidad, los derechos, el origen y el destino de la vida y no llegar a preguntarse, como el personaje del cuento de Óscar Castro García: “¿a mí qué me pasó, dónde estoy?”. La narrativa se impone como lugar: expurga, exorciza, estremece, afirma, cuestiona, reclama, recuerda y niega obligando a tomar conciencia de estar de pie sobre la tierra, aunque en ella peregrinen los muertos y los vencidos. Los escritores siguen narrando, los poetas siguen cantando, unos y otros imploran, gritan, consignan para que los vivos o los que quedan estén con actitud alerta en época de escepticismo. Este tipo de literatura va más allá del instante inmediato, más allá del vértigo, de la velocidad, más allá de la cultura de la imagen, del ruido y del vacío. Mira la densidad, hacia atrás y hacia delante desde el presente y ve multitudes, paraísos perdidos, la sangre propia y la de otros derramada. Ve a los que se fueron y a los que llegaron y entre unos y otros el mito de Caín errante, la vida sin raíces, la familia deshecha, la lengua sin sonido, el deseo de regresar al paraíso.

Esta tendencia narrativa de entresiglos, abierta a fines del XIX y aún sin cerrar en los comienzos del XXI y tantas veces contada, demuestra que la historia literaria no puede desprenderse de la historia social ni de la literatura, y que el agobio de una situación no sólo reclama unas recreaciones, sino unas formalizaciones que retomen los imaginarios de cada momento, de cada autor y de cada generación. En los indicios puede estar la clave para una lectura pertinente que atañe a la historia de la literatura; al ponerlos en diálogo con otros discursos se clarifican pertinencias e impertinencias de la necesidad de comprender la evolución y el desarrollo de unos temas y unas formas en nuestro contexto.

BIBLIOGRAFÍA

- Alape, Arturo. *Sangre ajena*. Bogotá: Seix Barral, 2000.
- _____. *Las muertes de Tirofijo*. Bogotá: Plaza y Janés, 1976.
- _____. *El cadáver de los hombres invisibles*. Bogotá: Alcaraván, 1979.
- _____. *Ciudad Bolívar. La hoguera de las ilusiones*. Bogotá: Planeta, 1995.
- Bashevis Singer, Isaac. *Amor y exilio*. Barcelona: Ediciones B, 2002.
- Bauman, Zygmunt. *La posmodernidad y sus descontentos*. Madrid: Ediciones Akal, 2001.
- Burgos Cantor, Roberto. *Nadanostra. Lugares ajenos. Relatos del desplazamiento*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit, Colección Antorcha y Daga, 2001.
- Bustillo, Carmen. *Una geometría disonante. Imaginarios y ficciones*. Caracas: eXcultura, 2000.
- Correa, Juan David. “El regreso de Luis Fayad. Esa suerte de abrazarse en el naufragio”. *El Tiempo* (Bogotá, domingo 14 de enero de 2001).
- Collazos, Óscar. *Las trampas del exilio*. Bogotá, Planeta, 1993.
- _____. *El exilio y la culpa*. Bogotá: Seix Barral, 2002.
- _____. *Desplazados del futuro*. Bogotá: Intermedio, 2003.
- Elías, Norbert. “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados”. *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Norma/ Universidad Nacional, 1998. 79-138.

- El Tiempo*, "Entrevista: Las mujeres persiguen a Jorge Franco" (Bogotá, martes 20 de noviembre de 2001).
- Franco, Jorge. *Paraíso Travel*. Bogotá: Seix Barral, 2001.
- _____. *Rosario Tijeras*. Argentina: Planeta, 1999.
- _____. "Las mujeres persiguen a Jorge Franco". Entrevista, *El Tiempo*, Cultura (martes 20 de noviembre de 2001): 2.
- García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. Buenos Aires: Alianza Editorial, 1968.
- Giraldo, Luz Mary. *Ciudades escritas. Literatura y ciudad en la narrativa colombiana*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2001.
- Gómez, Yolanda. "Radiografía del destierro". *El Tiempo* (Bogotá, lunes 14 de octubre de 2002).
- Gómez, Sergio Maseri. *El Tiempo* (Bogotá, 20 de junio de 2001).
- Gómez Giraldo, Marisol. *Desterrados. Las cicatrices de la guerra*. Bogotá: Intermedio, 2001.
- Jossa, Emanuela. *La ciudad gritada y condenada*. Texto inédito.
- Kalmanovitz, Salomón. *Economía y nación. Breve historia de Colombia*. Bogotá: Siglo XXI, 1988.
- López Maguina, Santiago. "El concepto de discurso heterogéneo en la obra de Antonio Cornejo Polar". *Heterogeneidad y literatura en el Perú*. James Higgins, ed. Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar, 2003.
- Molano, Alfredo. *Desterrados*. Bogotá: Áncora, 2001.
- _____. "Pero cuanto más los oprimían, ellos crecían y se propagaban más". *Palimpsestus* 2 (noviembre, 2002): 16-18.
- Perilla Santamaría, Sonia. "Los inmigrantes", *El Espectador* (Bogotá, 18 de noviembre de 2002): Sección D.
- Restrepo, Laura. *La multitud errante*. Bogotá: Seix Barral, 2001.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*. México: Siglo XXI, 1976.
- Rodríguez, Jaime Alejandro. "Pájaros, bandoleros y sicarios. Para una historia de la violencia en la narrativa colombiana". *Modernidad, literatura y otras yerbas*. Bogotá: Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Sociales, 2000. 56-76.
- Sainz de Robles, F. C. *Diccionario español de sinónimos y antónimos*. Madrid: Aguilar, decimoquinta reimpresión, 1989.
- Sennett, Richard. *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. César Vidal, trad. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- Steinbeck, John. *Las uvas de la ira*. Hernán Guerra, trad. Bogotá: Círculo de Lectores, 1979.
- Schultze-Kraft, Meter. *La horrible noche. Relatos de violencia y guerra en Colombia*. Bogotá: Seix Barral, 2001.
- Vallejo, Fernando. *La Virgen de los sicarios*. Bogotá: Alfaguara, 1994.
- Vargas, Germán. *La violencia diez veces contada*. Ibagué: Pija, 1976.
- VV. AA.: *Foro Nacional de Cultura. Imágenes y reflexiones de la cultura en Colombia*. Tomo 3. Bogotá: Colcultura, 1990.
- VV.AA.: *Lugares ajenos. Relatos del desplazamiento*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit, 2001.

- Vásquez, Edgar. "Modernidad y migración en la construcción de ciudad". *Politeia* 19 (1996): 18-29.
- Vilar, Pierre. *Iniciación al vocabulario histórico*. Barcelona: Grijalbo, 1980.
- Wolfe, Tomás. *Del tiempo y el río*. Madrid: Montesinos, 1996.
- Zarone, Giuseppe. *Metafísica de la ciudad. Encanto utópico y desencanto metropolitano*. Valencia/Salamanca/Sevilla: Universidad de Murcia/ Pretextos: 1993.